

Textos exposiciones

lingchi, (Chen Chieh-Jen, Fábrica de Tabaco, junio-julio de 2004), *Ubicarte*, junio de 2004
Sebastian im Traum

Al principio, hay que decirlo, nos confundimos en casi todo. Resulta que no son tomas de una ejecución real. Tampoco la música que escuchábamos, con una sugerencia cercana a lo inaudible, procedía de la instalación audiovisual, sino de otra más alejada. Pero no importa, Fernando Baena no se equivocaba al insistir en el interés de esta instalación. "Párpados y labios", el conjunto de la muestra donde está *Lingchi-Ecos de una fotografía histórica*, no tiene mayor interés. Diríamos que rezuma por todas partes el canon de la cultura audiovisual contemporánea, con su dosis de "reflexión" incluida.

El trabajo de Chen Chieh-Jen (Taipei, 1960) es otra cosa. Aunque el folleto, para asegurar un público cautivo, oferta un "magnetismo visual espectacular" (que promete incluso superar el impacto de la imagen real), la obra de Chen funciona básicamente en otro registro. No digo que no haya algo del morboso juego con el poder mundial de la violencia, con la estampa del horror y toda su liturgia de cámara lenta. Pero en primer plano nos atrapa más bien el silencio, cierta suspensión del sentido. Una operación poética, distante de la sociología habitual, desliza gota a gota una rara indagación sobre el misterio del dolor humano.

En la pasión según Chieh-Jen un hombre muere como si fuera cualquiera. Muere en lugar de otros, de ahí que todos parezcan abismarse con él. Antes del paisaje de las nubes y el mar vacío, la cámara recorre una comunidad fascinada al borde de lo imposible. Francamente, creo que tardaremos unos días en olvidar la imagen de los cuchillos dispuestos en la mesa del matarife, los rostros grávidos bajo la lluvia, el travelling por el cuerpo del condenado. Éste, en una mezcla de éxtasis y tormento, agoniza con toda la belleza que un Bataille reconocía a la experiencia del erotismo y la muerte: "si ve morir a un semejante, un vivo no puede ya subsistir más que *fuera de sí*".

Las imágenes se deslizan por la liquidez de las miradas, la lasitud de un torso, la impasible meticulosidad del verdugo. Por supuesto, hay un inteligente juego de recreación teatral y técnica sobre el acontecimiento histórico registrado por la cámara (la ejecución por desmembramiento de un hombre en la China de 1905: al menos, esa es la fecha que se recoge en la "Breve historia del erotismo" de Bataille). Incluso, si se quiere, encontramos alegorías sobre la famosa representación. Pero, ante todo, lo que permanece en la retina son los ojos en blanco del condenado, cercanos al cielo vacío del final y a un mar sin narración. El reo parece estar al borde de la santidad justo por la virtud absolutoria del dolor. Un dolor compartido, pero inextricable. Como en Viola (¿recordáis aquel "Tríptico de Nantes"?), esta obra es un tríptico de lo impalpable. Al reproducirse, la imagen sólo multiplica el espectro que ocupa el corazón de lo real.

Multiplica también la infinita piedad de los desconocidos que asisten al martirio. No hay maniqueísmo (unos de un lado, otros de otro), sino una terca insistencia en el yunque de un dolor sin sujeto. Claro que todo esto se podría leer de otra manera, en la línea de las propuestas habituales. Según ellas, Chen explora los límites de horror con los que el poder social somete al individuo. Vale. Pero no acabamos de entender, por ejemplo, qué importancia tiene aquí, otra vez, la denuncia de ninguna hegemonía global. Nos sigue interesando más, políticamente, la carne que cae, que es pesada. Y la

multitud agolpada, expectante. Y este paseo por lo insignificante de la humanidad y lo insignificante de los charcos, las nubes, los mares despoblados. También una idea, cercana al título *Párpados y labios*: el hombre, por el solo hecho de poder hablar, ya ha perdido una libra de carne.

Madrid, 23 de junio de 2004